

***“Él es nuestra Paz. Él derribó en su carne el muro que nos dividía, el odio, mediante su cruz”
Ef 2,14-18***

A Benedicto, nuestro hermano. La gracia y la paz de Jesús, el Señor, El Hijo amado del Padre, único Hermano mayor de todos.

Cuando el Señor nos pone su mesa pascual, para entregarse él mismo a sí mismo, con todo su amor, la palabra que se hace pan y copa compartidos, nos sentimos íntimamente unidos a aquellos cielos y a aquellas tierras, aquellos pueblos y a aquellas sendas, a aquellos gritos y a aquellos cantos, a aquellos gérmenes y a aquellas brechas. Un mismo Padre, un mismo Hermano mayor, un mismo Espíritu, un mismo Evangelio y un mismo pan y una misma copa. En las entrañas del Señor pasáis a nuestras entrañas. Os sentimos en verdad, comensales en la misma mesa, compañeros en la misma andadura.

Cuando nos llegan las palabras y los iconos de la reconciliación, que nos regaláis de vez en cuando y que ponemos junto a nuestra mesa, comprendemos el instante de la misión del evangelio, que estamos viviendo, aquí-desde-allí, allí-desde-aquí. El muro de división y las cadenas de la opresión. Arriba y abajo del muro, todos armados con la mano cerrada. Unidos en la misma pelea de la sangre vertida. Hermano, que al hacernos enemigos, para asesinar a los hermanos, nos suicidamos al tiempo a nosotros mismos.

Pero este muro del pecado comunitario y cósmico parte y vuelve al muro del pecado personal, germinado en nuestros corazones en la idolatría, que se hace ambición, en la desobediencia, que se hace asesinato. Comprendemos bien aquellas palabras que nos enviasteis. En los poblados necesitan pan y escuela y medicinas, pero antes que todo, necesitan “el evangelio de la paz”. El Hijo amado, el Crucificado de la gloria, es nuestra paz. Él ha derribado en su cuerpo el muro que nos separaba. Su sangre vertida es el sello y el don de la redención y la liberación, de la reconciliación y la solidaridad, de la nueva creación, absoluta gracia, entera novedad, última plenitud. Si tuviéramos que reformar el escenario, podríamos desplazar el muro y las cadenas, sin arrancarlos. Pero si es el día de la Gracia, la germinación victoriosa de la nueva creación, importan los gérmenes, el puñado de granos de trigo sembrados en las mismas heridas del Señor, para los cielos nuevos y la tierra nueva, en que habite la justicia. El arbusto de mostaza, la estera extendida, la palabra y el pan, una sencilla lámpara, un poco de fermento. Y allí mismo ya, ahora, aparece y avanza la Mesa del Reino del Hijo del amor, donde se secarán todas las lágrimas.

¿Cómo expresar en un gesto sencillo nuestra comunión de vida, de dones y de bienes, en el corazón de la Iglesia y del mundo, en esta hora de gracia? ¿Podría ayudar nuestro trozo de pan, para que el Nuevo Testamento, en la lengua indígena de los poblados, pasara a manos de los catequistas en la Mesa del Señor, puesta a los últimos de los pobres? ¿Cómo podríamos ofrecerles un día el sencillo evangeliario, que fuera palabra y pista para el Misterio de Cristo, en el año litúrgico de su gracia? No dejéis de pasarnos alguna palabra y algún icono de los hermanos más pequeños. Nosotros nos vemos también en la orilla de arriba del muro, con el corazón cerrado y las manos manchadas de sangre. ¡Cuánto desearíamos volver a ser niños, pobres de corazón, con enloquecida confianza, colgados del cuello del Señor, y con las manos vacías y los pies descalzos, para bajar al último de los últimos lugares, en las huellas del Señor, en su despojo, en su abajamiento, en su anonadamiento para que aparezca Él en la gratuidad de la ultimidad, para toda la universalidad! ¡Él todo en todos! ¡Que sean uno, todos!

Vuestro hermano de Torrejón. Abrazo de paz, gozo y esperanza.

(Carta a un misionero espiritano en Angola, enviada a Tomas y José Vicente el 25-11-2004)